

RAÚL
RODRÍGUEZ



EL
INFIERNO
EN DOCE
PASOS

CANGREJO
EDITORES

RAÚL
RODRÍGUEZ
RODRÍGUEZ

EL INFIERNO
EN DOCE
PASOS

CANGREJO
EDITORES

PRIMERA EDICIÓN: OCTUBRE DE 2020

© Raúl Rodríguez Rodríguez, 2020

© Cangrejo Editores, 2020
Transversal 93 núm. 63-76 Int. 16, Bogotá, D.C., Colombia
Telefax: (571) 276 6440 - 541 0592
cangrejoedit@cangrejoeditores.com
www.cangrejoeditores.com

© Ediciones Gato Azul, 2020
edicionesgatoazul@yahoo.com.ar
Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-958-5532-26-7

DIRECCIÓN EDITORIAL:

Leyla Bibiana Cangrejo Aljure

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Víctor Hugo Cangrejo Aljure

PREPrensa DIGITAL:

Cangrejo Editores Ltda.

DISEÑO GRÁFICO E ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

Germán I. Bello Vargas

Todos los derechos reservados, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin previo permiso escrito de Cangrejo Editores.

IMPRESO POR:

Multi-impresos S.A.S.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

*Esta historia va dedicada a todo ese ejército de anónimos,
que me enseñó a convertir mi soledad en soledad.
Lo importante —me dijeron— no es descubrir quién quieres ser,
sino quién necesitas dejar de ser.
En esas ando.*

Muestra
comercial
PROHIBIDA
SU VENTA



—A VECES ME OBSESIONO CON ESE DÍA, LO REVISO Y LE PONGO un final diferente. Desde que me confirmaron el contagio, vivo en una especie de mundos paralelos, de un lado pasa la vida real, y del otro la que debió ser, la que me imagino que pude haber tenido, de no haberme pasado eso. Me expuse a muchísimos riesgos.

»Me acuerdo de que en las fiestas *swinger* a las que Ernesto me empezó a llevar, un mesero que ahí trabajaba me lo decía en buena onda, porque disque me parecía a uno de sus hijos. Cada vez que podía me lo repetía: «todo esto es fantasía, muchacho, no caigas en la tentación de vivir sólo en este mundo artificial». Recuerdo que las bacanales se hacían en una casota de Polanco, con alberca enorme, grandes salones, pantallotas por todas partes que transmitían películas porno. Asistía gente muy bonita, mucho extranjero, mucho *perico*, todo mundo en pelotas, follando a pelo. Por todos lados había candelabros, cortinas negras, muy raro el pedo. El *cover* te incluía el chupe y había que pagar en *cash* la *caspa del diablo*.

»El punto es que no hay día en que no piense cómo mi historia pudo haber sido completamente distinta, ¡muy! con tantito que hubiera puesto de mi parte. No es lo mismo nacer que estar vivo, ¿verdad? ¡Qué diferente hubiera sido si en lugar de seguir buscando la felicidad obsesivamente, me hubiera simplemente alejado de la infelicidad!

»En fin. Quiero aprovechar esta, nuestra última entrevista, mi querido Alí, para hacerte una confesión que me guardé durante todas las sesiones que tuvimos estos meses. Espero que no te importe el que no lo haya mencionado hasta ahorita.

—Dime, *Larry*.

—Me preocupa que en tu libro quede liberado de mis crímenes, por no habértelos dicho todos. Hice mucho daño, ¿sabes? Antes de que publiques el texto quiero explicártelo, ya tú sabrás cómo manejarlo.

—Adelante, te escucho.

—No quisiera entrar en mayores detalles de los que tú ya conoces, pero pues quiero decirte que traté de contagiar adrede, al mayor número posible de gente, sin importar que fuera *güero* o *güera*. Llegaron a tal punto las orgías de Polanco, que acabé convencido de que me habían pegado el bicho, aún muchos años antes de enterarme que, efectivamente, tenía VIH. Por puro coraje contra Dios, me dediqué desde entonces y por muchos años, a enfermar a todas las parejas sexuales posibles.

—Te entiendo, *Larry*, algo así me imaginé después de todo lo que narraste en nuestras entrevistas.

—El problema es que no fueron diez parejas ni cien, calculo que fueron casi dos mil.

—¡No te creo!

—Es cuestión de pura matemática. ¡No venía preparado, pero lo calculé para ti! Cada año tiene cincuenta y dos semanas, ¿no? Y me aventé once años de vida sexual fuera de control, entre los dieciséis y veintisiete años. En cada una de esas quinientas setenta y dos semanas tuve, en promedio, tres parejas sexuales por semana, lo que da un total de mil setecientos *acostones*.

—Híjole, mi *Larry*, está cabrón.

—Eso, sin contar los sándwiches, trenecitos, *trois menage* y anexas que tuve, como los de Vallarta que te platicué. No sé si me entiendas, pero la fuerza que todo ese tiempo me impulsó fue la autodestrucción. Siempre supuse que ser homosexual era motivo de vergüenza. Faltaban varios años para convertirme en el lioso y *jotilongo Larry* del que te he venido platicando para tu libro, pero ya mostraba indicios de mi turbación. Creo que en mi infancia se originó ese sentido de vergüenza que tengo hacia mi intimidad. No se hablaba de sexo en la casa, mi papá tenía otras viejas y mi mamá siempre estaba furiosa.

—Empezaste a tener problemas para socializar.

—Cómo no iba a tener yo problemas para relacionarme con las mujeres, si eran tema prohibido en mi casa. Todo fue dándose en mi vida de manera caótica, mucha confusión y mucha vergüenza. Nunca tuve relaciones trascendentes de ningún tipo salvo Ernesto, mi primer novio, que *pa'l* caso fue peor, por toda su locura con la que luego me arrastró.

—¿Hubieras preferido ser heterosexual?

—Creo que, si hubiera podido escoger, habría preferido ser hetero, sí. Los *bugas* no saben lo que se sufre cuando eres *outsider*. Primero tienes miedo de meterte en los terrenos de Dios, con eso de que ser *puto* es antinatural; luego está tu papá machista y tus hermanos varones, que hablan de las piernas de las mujeres y de los pechos femeninos y así, pero a ti el que te gusta es el vecino. Desde pequeño vas interiorizando tu desmadre, intuyes que algo anda fuera de lugar y te callas, aprendes a guardar para ti todo tu mundo sensorial, emocional.

»Te atrae un niño o el amigo de tu hermano o el socio de tu papá y no entiendes qué pasa, pero en la boca del estómago sientes ese vacío que te indica que algo está raro. Todos los varones que conoces hablan de carritos, soldaditos, luego de niñas, del *Playboy* y cosas por el estilo. Tú solo quieres estar cerca de ellos, verlos, olerlos, que te toquen.

»Tu papá critica a los *jotos*, a los *putos*, y tu mamá dice: «donde me salga un hijo invertido, lo mato». Yo recuerdo la noche en que oí a mi tía Rosita hablar de algún maricón y decir yo, para mí mismo: «¡*Híjole!* Entonces yo también soy marica». Y llega un día en que «te cae el veinte»; ese mundo paralelo que percibes, esa realidad íntima, ese desfase que vives con la Humanidad entera, significa una cosa: eres homosexual. Y te aíslas. Finges para no ser el raro ni el rechazado; adquieres dotes machistas o te haces homofóbico como el que más.

»Obvio, te genera mucho odio, mucha represión. Yo llegué a ser un niño muy cruel con los animales. Recuerdo que me gustaba aplastar con la mano a cada hámster que mi mamá me compraba en Liverpool. Me quedaba viendo cómo se les botaban los ojos y se quedaban tiesos. También llegué a matar un gato, lo arrojé de la azotea y me espanté al darme cuenta de que sentí algo parecido al placer.

»A mí el primero que me alborotó la hormona en serio, fue el novio que tuvo mi hermana en prepa. Yo iba en sexto de primaria, me encantaba verlo llegar en *shorts*, tenía unas «piernotas» bien formadas, de futbolista, así todas macizas y peludas. Surge una vergüenza enorme, no sabes la sensación de terror, de confusión, de pecado... una cosa horrible. No recuerdo bien qué sucedió después pero seguro entré en una gran depresión. ¿Quién va a querer eso para uno mismo?

»Pasan años, los decisivos años de la pubertad y la adolescencia, en completa soledad e ignorancia de qué hacer, con quién hablar. Y de pronto en secundaria empiezas a ver a tus compañeros cómo se transforman en jóvenes, les sale vello, se les engrosa la voz, se ven espectaculares en *pants* y en *shorts*. Y las niñas del salón se enloquecen por los más «caritas»... igual que tú. Y a escondidas te empiezas a masturbar pensando en ellos. Y la familia te empieza a presionar, los hermanos y los amigos te hablan de viejas, puteros, sexo, tetas y bragas. Pero tú los imaginas a ellos haciéndote a ti, eso que los excita.

»Luego la vida se convierte en torbellino con tu primer amor platónico, tu primer beso homosexual, tu primer faje *gay*, tu *primer amiguís pinky*, tus primeras fiestas *underground*. Y la vida loca te arrastra con tu primer coito, tus primeros *poppers*. Y viene esa etapa intensa en que no sabes si eres pasivo, activo o inter. Las primeras veces te duele cuando te la meten, sientes que te desfloran, me imagino que es el mismo dolor que siente una virgen en su primera vez. O si te coges a un chavo, te embarras de aquellito si ambos son inexpertos. Si además te contagian de algo pues, peor.

»Empecé a vivir una doble vida. En casa era el hijo buga, hetero, bien portado, pero en la Zona Rosa era desinhibido, una perfecta loca; entonces no me importaba que se me notara. Claro, ante mi familia y en la escuela yo fingía para no tener problemas. Pero todo se dio, como te digo, en penumbras, en medio de ignorancia, disimulo, miedo. A mí, por ejemplo, me pegaron papiloma por *güey* pero ya fue un poco más grande, no al principio.

»De veras que necesitas tener mucho valor para entrarle a ese rollo así, con dudas, dando palos como de gallinita ciega. Tú, mi

querido Alí, que eres buga, ¿te acuerdas el terror o los nervios cuando besaste a una niña por primera vez? Ahora imagínate un *puberto* o adolescente *gay*, exponiéndose a besar a un chavo que no sea homosexual o «siéndolo» lo rechace para no aceptar su propia preferencia sexual. Incluso si eres correspondido, sientes que besar a un chavo te enfrenta ni más ni menos que contra Dios, contra la Iglesia, contra la escuela, contra los adultos, contra tu familia. Te sientes sucio, culpable, despreciable. *Ora* sí que tienes que ser muy hombrecito para echarte ese clavado, lo haces sin nadie que te respalde. Para los *gays* no hay cobijo social o generacional como lo tienen los *hetero*, que se inician sexualmente con el respaldo moral de su núcleo de amigos y así. Aquí no, aquí te expones a abusos, contagios, extorsión, vergüenza, rechazo. Todo se da a escondidas y en silencio.

»Pero te avientas porque tu preferencia no la decides. Y tarde o temprano acabas asumiendo esa actitud tan *gay* de «al fin que ni quería ser parte del mundo normal». Y empiezas a actuar de veras como anormal.

»Llega un punto en que te das cuenta de que no eres el diablo ni estás mal, pero empiezas a resentirte con esta sociedad machista, homofóbica, que lo hace creer así. Algunos empiezan a usar ropa entallada, otros se hacen *obvias* y surgen a tu alrededor las «muscuclocas» o los *jotitos*. Pero también están los de *closet*. Es un proceso de muchas, muchísimas depresiones. Muchos chavitos *gays* se suicidan al no poder enfrentar su realidad.

»Imagínate: tu papá homofóbico, tu mamá *mocha*, tus hermanos machistas, Dios y su iglesia condenándote por gustarte la *ñonga*, y tú lleno de hormonas queriendo salir de tu cuerpo, como cualquier joven. Por eso sí creo en la teoría que dice que muchos amanerados y muchas *obvias* son así porque buscan agredir al mundo; es una reacción bastante lógica ante un entorno tan hostil. Es como los primates que rugen cuando ven peligro.



—¡ZAS, CULERA! FUE LO QUE LE DIJE. POR eso yo mejor me encomiendo al Santo Niño de Atocha: «que me quiten el *pito* y me pongan *panocha*». Y es que, no *mames*, anda de *verga* pública haciéndole el favor a todas las locas, dándoles lo que ni le piden. Por eso se contagió la *espútida*. Yo creo que su mamá en el embarazo tomó demasiado ácido fólico. La que es pastora, como yo, no tiene esos líos.

»Mi *amigata* se merece eso por andar de tosca, de *pito* flojo. Su filosofía es la de «Arriba corazones y abajo los calzones». Pero bueno, ese es *pedo* de Alfredis y sus infecciones, buenas las tenga y mejor las pase. ¿Qué quieres saber de *Larry*? También se contagió de *Sídral* como Alfredis pero, la *neta*, sus reacciones han sido totalmente diferentes, ¡*muy!*

»Oye, pero si me vas a entrevistar, al menos invítame unos tragos coquetos, ¿no? Hay mucho pero mucho que hablar de *Larry*. Ay, bueno, tú estás trabajando con lo de tu libro y yo también, mijo, aquí poniéndome las postizas para salir a dar mi *show*, pero eso no impide que podamos echar unos *drinks*. Además, te ves rico. ¿A qué sabes? *Anyway*.

»*Larry* llegó a ser mi novio, bueno, *amigobio*. Éramos muy guapos los dos, la *neta*. Yo para entonces todavía no me travestía y él todavía la hacía dizque de bicicleta. Me acuerdo de que el muy sinvergüenza iba a fiestas *swinger* en Polanco o en Las Lomas, algo así, a coger viejas mientras los maridos veían. Pero eso sí, el fin de semana en nuestras *orgifiestas* sólo le daba por ser *gay*.

»Duró mucho, mucho tiempo, en su vida, siendo bicicleta y poniéndole con lo que se moviera. Oséase, como dijera La Manola, era más sodomita que *gay*. No es lo mismo, ¿eh? Muchos creen que ser homosexual es sinónimo de promiscuidad y *nel*. Una escoge la

putería por gusto, pero hay quienes viven su preferencia muy fuera del vicio.

»En fin. El punto es que en esa época *Larry* amanecía preguntándose: «hoy qué toca, ¿*güero* o *güera*?» Ya después, cuando lo botó Ernesto y le desgració la vida, como que salió del *closet* «bien bien» y se hizo puto, puto de tiempo completo. *Comper*, deja agarro mi peluca y me la pongo mientras platicamos, *ora* sí que ¡cuidado con mi pelo, estúpida! Tienes veinte minutos *pa'* sacarme la sopa, mi López Dóriga región cuatro, mi *show* empieza a medianoche en punto.

Interpreto a Laura León y a la Méndez, pero primero saluda a Estefi. Ay tú, muy reportero, pero estás *retependejo*. ¡Este *fierrote*, mijo, saluda a este *fierrote*! Tendré que darte algunos consejos *pa'que* no te anden *albureando*. Cuando alguien te diga que se llama Esteban, por ejemplo, te está pidiendo que le agarres este *bananote*, y así, por el estilo. Por cierto: ¿tú eres portero o delantero? Yo, donde pongo el ojo pongo la nalga. ¿Ya ves? Estás muy verde, o sea que soy vampira; clávame la estaca.

»Oye y *pa'qué* quieres publicar la vida de *Larry*? Deberías mejor hacerme un reportaje a mí, dicen que soy de las mejores imitadoras de Edith Márquez, aquí en esta gran urbe de Nacotitlán. Mi *show* es bien *sofis*, todo *chill*. Es un rollo más bonito hablar de eso, que andar hablando de los que tienen *Sidra*. Los que a estas alturas de la vida se contagian, iu, iu, iu. Por pendejos. ¿Quién no sabe que el globito es obligatorio? O sea, *hello*. Esas mamadas del PREP no las concibo. Solo medio te protegen del VIH pero no de la hepatitis ni de la sífilis ni gonorrea ni nada de lo demás. O sea, *hello*. Las que viven bajo el grito de «¡Métemela sin lubricante!» pues ya saben a lo que le tiran. Ora sí que, si no diste el ancho, pues no des el angosto y cuídate. *Whatever*.

»*Okay*, está bien...*Larry*, no nos distraigamos del tema. Pues *Larry* era guapísimo, muy caballeroso, tenía un aire como de pirata, como de bucanero y así, muy *chulo*, la verdad, varonil. Yo lo conocí, fíjate tú, cuando él trabajaba en una agencia de publicidad. Me acuerdo perfecto porque yo, antes de estudiar de estilista, quise entrar a trabajar

a esa agencia como practicante. Porque, así como me ves, *chichona* y *pedota*, yo estudié cuatro semestres de Comunicación cuando me llamaba José. Pero *pos'* no me pelaron. *Ora* soy una princesa, pero todavía me sale el *chale* y el *ñero* cuando me *intolero*.

»*Anyway*. Eran tiempos felices, todavía no empezaba nuestro *bromance*. Pero yo si lo quise mucho. No fui el amor de su vida como Ernesto, su *marinovio*, pero para mí si fue una experiencia importante. Supongo que para él también fui algo memorable, como para que te haya sugerido venir a preguntarme de cómo era su vida entonces. El caso es que en esa época que te digo no éramos pareja, pero andábamos en la misma bolita de *amiguís*. Yo creo que todavía no se metía *perico*, sólo éramos *pedotes*.

»Luego Ernesto fue el que nos envició a todos, nos envileció más bien, con sustancias y el alma. Era un *cabrón* muy mala leche, bueno, más bien se piró cuando atropellaron a su mamá en el Eje Central y él todavía la llegó a ver viva ahí, creo que se murió en sus brazos. Muy mal *pedo*.

»Eso lo enloqueció y se llevó entre las patas a *Larry* y a la bolita de amigos que éramos porque empezó a meternos en el rollo de las pastas, «la caspa del Diablo» y luego con su mamada de empezar a coger a pelo, disque porque era más excitante. *Hijoeputa*, éramos tan *chavitos* que no entendíamos que era un rollo de autodestrucción de Ernesto. Hoy si lo viera le diría: «si no te cabe, no la repartas», pero pues se murió de *Sidral* y ni *pex*.

»*Pérame*, deja me echo este tequilita para ir entonando. «Ay, San Gaspar, que no me vaya a raspar». Ya me tengo que ir, papi, el *show* debe continuar. ¿Me puedes esperar? Aunque no creo que te sirva mucho al rato porque siempre acabo ebria y exaltada después del *show*. No *mames*, me invitan un *chingo* de *chelas* y *chupes* entre canción y canción y además pues acabo como eufórica. Y ya en plan de *Drama Queen pos* no creo ser muy lúcida que digamos. Mejor *or-gia-ní-za-te* y regresa mañana, que también doy *show*.

»¿Dos mil parejas te dijo que ha tenido? No, *pus guau*, ¿eh? Pero la *neta* se queda corto, me cae. Aquí con cada fulano es leve la cosa: le ves la facha, le ves la fecha y nunca le haces el

fuchi a nadie. Pero eso sí: el domingo es día de guardar, guardar la *reata*. Si lo pones en años, yo diría que esos dos mil *acostones* son más o menos lo que todas las del aquelarre hemos cogido en promedio, nomás que unas como yo, nunca olvidamos el globito. *Zafo* contagiarme.

Muestra no
comercial
PROHIBIDA
SU VENTA



—ACABAN DE MATAR A ESE SEÑOR COLOSIO; ¡qué rollo se traen con eso! Pero a mí lo que me preocupa es lo que me dijo mi tía Rosita el domingo: «Rigobertito, cuando entres a primero de secundaria, te va a cambiar la voz, tu cuerpo va a complicarse con pelos y cosas así, y vas a empezar a tener novias...». Ya no le pude decir nada porque ni caso me hacían con el chisme de lo que le hicieron a ese señor Colosio. Yo siento muy feo porque a mí lo que me gusta son los chavos y parece que nadie entiende de eso. También quisiera ser sobrecargo de aviación; ¡qué padre será viajar todo el día! Cómo me gustaría volar en Aeroméxico o Mexicana.

»¿Cómo voy a andar con una chava, si a mí lo que me *late* es ver a los amigos de Nancy que van con ella en la *prepa*? Mi papá no entiende, me habla de las piernas de las mujeres, de sus pechos, pero yo lo que quiero es ver al novio de mi hermana cuando llega los sábados en *shorts*, después de jugar fútbol. Sus piernotas peludas, gordotas, fuertes. Espero que Dios no se dé cuenta si me le quedo viendo al novio de mi hermana.

»Siento que se me calienta la sangre cuando me dice por mi nombre, me dan ganas de abrazarlo, de que me hable. Tengo muchas ganas de estar cerca de él, no sé por qué. ¿Qué pensaría Dios si supiera que me gusta ese muchacho? Seguro me castigaría desde el cielo. Me cae gorda Nancy siempre que lo manda a bañarse, a mí me encanta que deje oliendo a sudor. Y mi mamá, ni modo de decirle algo, si a cada rato anda critique y critique a los maricas y así. Yo no soy marica; no quiero vestirme de señora ni pintarme la cara ni cosas raras.

»Al contrario, lo que me gusta de los chavos es que se vean chavos como yo, pero no creo que lo entienda, me da miedo que me deje de querer si se lo digo. Mi papá seguro me pegaría, y qué pena

que supiera de lo mío. No puedo dejar de pensar en eso, hasta el sueño se me va de andar con este rollo. ¿A quién le digo? Mis hermanos son muy burlones. Quizá a mi hermana, pero no. ¿A mis amigos? Mauricio es muy chismoso, capaz que le cuenta a medio salón. Si lo hace, volvería a golpearlo como la última vez, o le rompería la mochila como se lo hice a Álvaro. O le robaría el *lunch* como se lo robé a Gabriela. No. Mejor le aviento una pedrada desde lejos, como descalabré a Lalito la otra vez.

»Si se enteran de todo esto, no vuelvo a pisar la escuela. Pero si dejo de ir les avisan a *mis papás* y me castigan. No aguantaría de pena saber que todo el colegio y toda mi familia supieran que soy marica. ¡No soy marica! Bueno, Mauricio y todos los demás dirían que sí. Qué pena que todo el colegio hable de mí el lunes en la ceremonia de bandera, nadie se me va a querer acercar. Todos me traerían de bajada: «Rigoberto es mariquita».

»No. Si eso pasara mejor me mato antes que regresar a esa escuela. Me aviento de la azotea de la casa. No, cuando el perro se cayó no se murió. Entonces me tomo todo el enjuague bucal de mi mamá. O me voy caminando hasta Chapultepec y me quedo ahí hasta que se les olvide a todos. Pero ¿cómo se les va a olvidar que soy marica? ¡Que no soy marica! Ahora que vea a mi tía Rosita el domingo le voy a preguntar si es a fuerzas que tenga una novia *luego luego*, o qué pensará la gente si no la consigo y así. A ver si no siguen con lo del tal Colosio.

Muestra no
comercial
PROHIBIDA
SU VENTA

El infierno en doce pasos
de Raúl Rodríguez Rodríguez
se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Multi-impresos S.A.S.,
ubicados en la Calle 76 núm. 24-37,
Bogotá D.C., Colombia
El tiraje fue de 1 000 ejemplares.



Antiguamente, los que buscaban evadirse de la realidad recurrían a los conjuros, a los embrujos. Eran los poseídos y se les temía por ser aliados de la obscuridad. Ahora, a quienes se fugan del aquí y el ahora, los conocemos bajo una nueva denominación: adictos.

En este siglo XXI de esplendor tecnológico, lo único que desentona es el Ser Humano con su vulnerabilidad. Pero aún en el reino de la inteligencia artificial, la obscuridad sigue entre nosotros, y haber desechado la espiritualidad, por anticuada, nos ha conducido al desastre.

Esta es la crónica novelada de hechos reales acontecidos en la Ciudad de México, de los cuales tuvo conocimiento el autor, durante su labor social en el reclusorio de Santa Martha Acatitla. Vidas marcadas por el caos desde antes de nacer, para las que, muchas veces el suicidio, la prostitución o enloquecer resultó la mejor alternativa. Escenarios descarnados donde, sin embargo, el individuo es capaz de reencontrarse con su insospechado recurso interior, un descubrimiento íntimo, personal, que es común a todos *los nacidos dos veces*.

Raúl Rodríguez Rodríguez, poseedor de una gran capacidad descriptiva, plasma con su pluma las pasiones humanas y el mundo oscuro que nos habita.